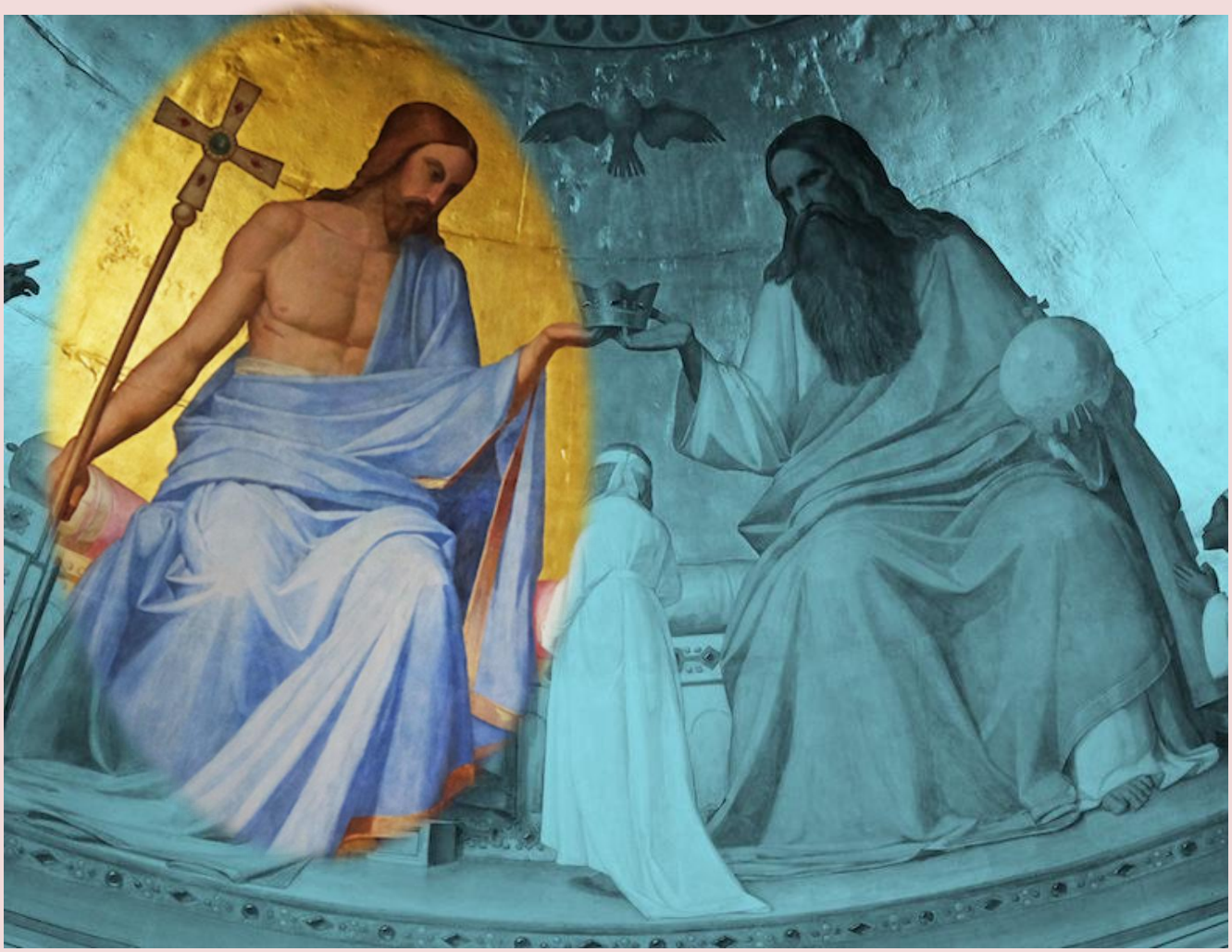
Yo soy el Hijo de Dios



Ignacio Lizarraga 2023
Basado en escritos del Pbro.
José Antonio Fortea Cucurull

Antes de la visita del ángel, en mí había penetrado el sentimiento de que mi vida había sido un fracaso.

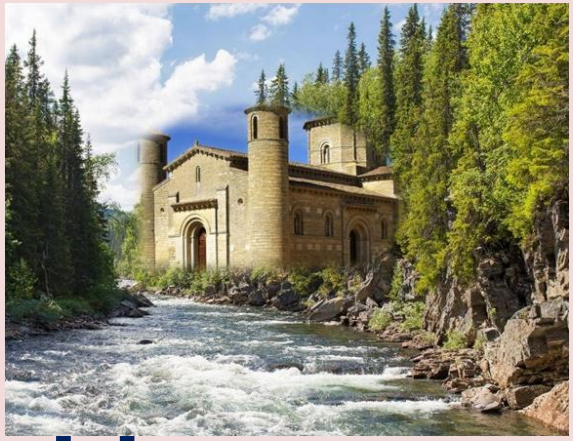
Ahora me doy cuenta de que es justo lo contrario.

Todo tiene sentido.
El sufrimiento
ha tenido sentido.

El ángel me dijo:

–Hoy unos se ganarán su sustento fabricando zapatos, otros construyendo casas. Tu trabajo son las visiones. Así que vamos a ella.

Y, en ese momento, mi espíritu fue arrastrado exactamente al mismo lugar donde acabó mi anterior visión.



Vi el Río de Vida que sale del flanco del Templo. Me quedé mirándolo con alegría, fijándome en su grandiosidad.

–Antes de llegar a la desembocadura de este Río, quiero explicarte algunas cosas.

Ese chorro incontenible de Ser que sale del Templo es Ser que surge de Dios. Ese Río de Ser no es como los seres que has visto sobre la superficie de Dios.

Los bosques que has visto sobre la Montaña, o los prados que ves allá alrededor del Río son seres limitados.

Lo que ves surgir del flanco de la Montaña es Ser Infinito.

–¿Es un Ser personal?

–Sí, no es una energía o una cosa, es un Ser personal.

Dado que surge de Dios, es, en verdad, el Hijo de Dios.

La mejor forma de expresar la relación entre la Montaña Infinita y el Río de Aguas Vivas es la que existe entre un Padre y un Hijo.

Mi ángel me señaló la montaña de Este a Oeste, y después su índice apuntó hacia lo alto.

Me quiso decir con este gesto: la Montaña es infinita, puede hacerlo.

Después añadió:

–Ese Río ha manado de la Montaña siempre y siempre manará.

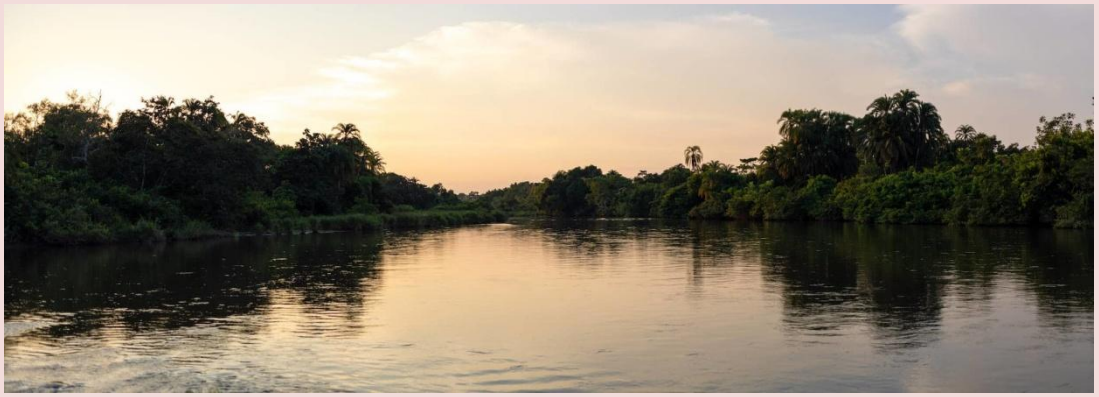
No hubo un instante en el que brotara este chorro impresionante.

–A nosotros, los ángeles, nos podía haber creado o podía no habernos creado. Lo mismo con vosotros. Pero el Río de Aguas Vivas manó de forma necesaria de la Montaña.

–¿Pero por qué eso es así?

–Voy a buscar una comparación, imperfecta.

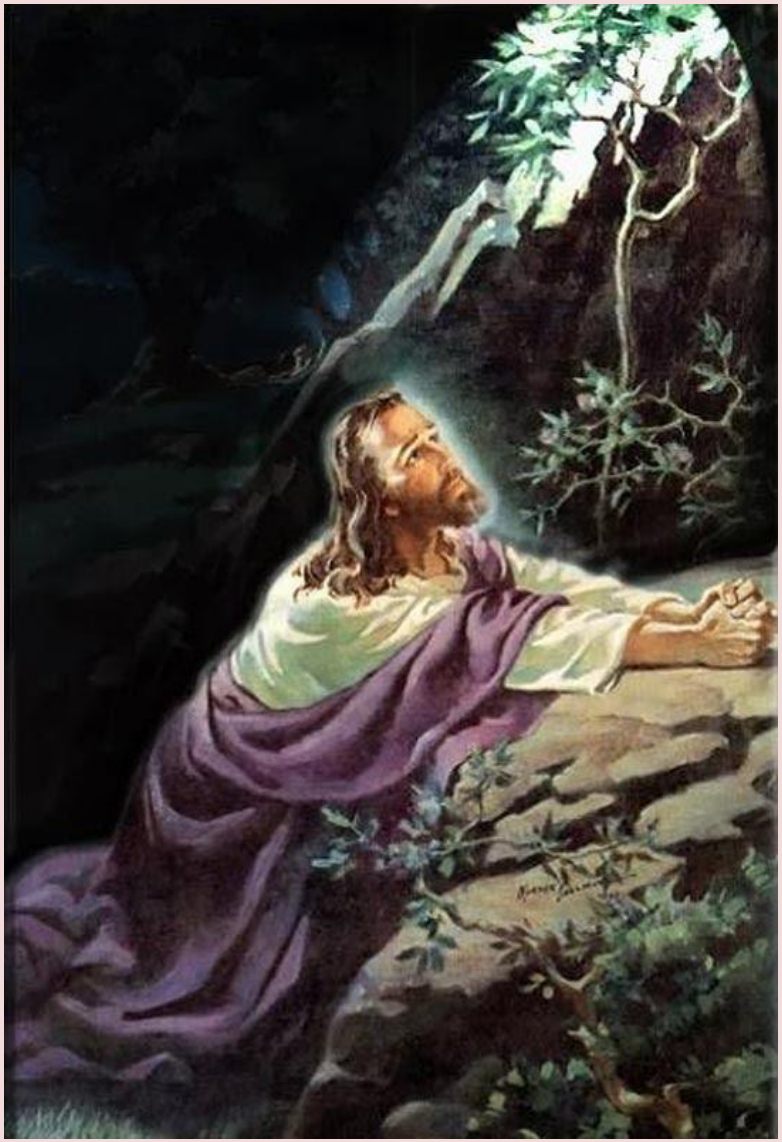
Cuando en el mundo material se levanta una montaña muy alta, ésta no puede evitar que en ella choquen las nubes con su lluvia y rocío.



Por su misma altura no puede evitar que la nieve se deposite en sus cumbres. Al final, una montaña de vuestro mundo material se ve incapaz de retener toda esa acumulación de agua y se desborda en regueros, arroyos que confluyen en un río.

Lo mismo sucede con esta Montaña. Imagina que el agua fuera en realidad conocimiento, gozo, felicidad.

Dios no pudo contener toda esa felicidad en sí mismo, desbordándose en un Río: <u>Dios generó un Hijo, el Hijo de Dios</u>.



–¿Por qué razón en el Evangelio Jesús a su Padre lo llama Dios si Jesús también es Dios?

–Todo lo ha recibido de Él.

Jesucristo es el primero en adorar a Dios, en glorificarle, en tributarle la gloria que merece.

Para Jesús, el Padre era Dios, aunque el mismo Jesús era Dios.
El Hijo no es un Dios menor o un Dios de segunda categoría.

Porque o se es Dios o no se es Dios. O se es Dios o se es criatura.

Y este Río tiene el Ser de Dios. Las criaturas sólo somos una pequeña participación del Ser divino.

–¿El Hijo está subordinado al Padre?

–Eso es algo que confundió a algunos de los primeros teólogos de la Iglesia.

El Hijo está totalmente sometido al Padre, el Hijo sólo quiere hacer lo que quiera el Padre. Ahora bien, el Padre jamás quiere hacer nada que no quiera el Hijo. Los dos son Dios y su querer es uno. El Hijo está sometido al Padre por el amor, y el Padre está sometido al Hijo por el amor.

–Entiendo. Es como un matrimonio en el que el marido ama tanto a su esposa que sólo desea hacer lo que ella quiera, y ella sólo desea hacer lo que él quiera.

–¿Pero hay dos voluntades?

–En realidad hay dos voluntades porque hay dos Personas, dos individuos. Pero tan identificadas, en tan perfecta sintonía, que, siendo dos, es como si fueran una.

El Hijo se somete al Padre porque todo lo ha recibido de Él y está eternamente agradecido.
Pero el Padre ama tanto a su Hijo que sólo desea hacer su voluntad.
En el seno de esa relación hay dos voluntades, pero cuando actúan respecto a nosotros están tan de acuerdo que sólo observamos una voluntad.

–Pero reconocerás que el hecho de que Jesús llame Dios al Padre puede confundir a alguno.

–En ello hay un gran misterio: incluso Dios Hijo adora a Dios Padre, incluso Dios Hijo obedece a Dios Padre.

Pero recuerda, el Padre sólo desea hacer lo que quiere el Hijo. Tan Dios es uno como el otro. Uno no es un Dios superior y el otro un Dios inferior.

O se es Dios o no se es.
Si se es Dios, se es de un modo infinito,
de otra manera no se sería Dios.

El Rio
El Monte

–Pero el Padre es el Fundamento.

–Sí, pero le ha entregado todo su Ser a su Hijo.

Nada se ha reservado, ni su poder, ni su conocimiento.

<u>El Hijo es tan santo como el Padre</u>.

–Perdona que insista, ¿pero, de algún modo, no es más grande el Ser del Padre? Por lo menos, en algún modo.

–No. Todo el Ser del Padre pasa al Hijo. Todo. La relación entre ambos es como de una fuente y un arroyo.
La Fuente divina traspasa toda el agua viva de su Ser al Arroyo. No se guarda nada.

Ahora bien, la Fuente es una Fuente de Ser infinito, nunca se agota. Le pasa todo el Ser, sin perder nada de ese Ser.

Pero no hay nada que posea el Padre que no se lo entregue al Hijo, continua y constantemente.

Sin dejar de mirar el costado de la Montaña, contemplando la generación del Hijo exclamé embargado de emoción:

–La Montaña es infinita, el Río es infinito. El Ser que mana la montaña es infinito. <u>Todo lo que hay alrededor del Fundamento y el Río del Ser es finito</u>.

Nosotros somos criaturas. Somos pequeñas participaciones de ese Ser. Ahora entiendo la diferencia radical entre el Río Vivo que es la Segunda Persona y una gotita de agua. Como la diferencia que hay entre una mota de polvo y la Montaña.

Los ángeles sobrevolaban las aguas como felices bandadas de aves.

Millones de almas pululaban llenas de dicha en el interior de las aguas infinitas.

Había vida en el cauce de esa corriente, sobre su superficie y en su caudal.

Al cabo de un rato de contemplar aquella belleza, pregunté:

–¿Pero el Padre no merecería más honor por ser el Fundamento?

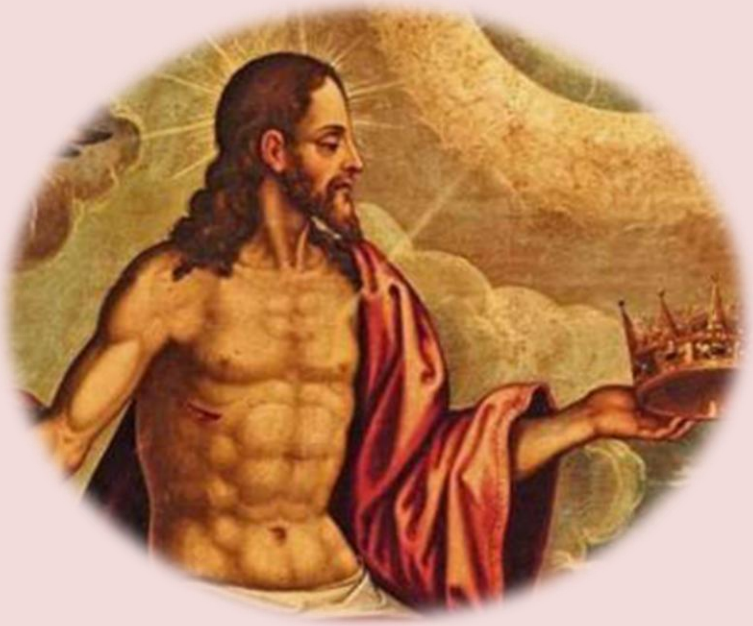
–Dios es sólo Ser, y todo su Ser se lo entrega al Hijo.
Por grande que sea el Fundamento, le hace partícipe de todo su Ser al Hijo.

El Padre no es más poderoso, no tiene más conocimiento, ni siquiera es más sabio. ¿Por qué merecería más honor?

–Por haber aparecido el primero.

–Ambos están fuera del tiempo, ambos son igual de eternos.

No hubo una época en que existiera Dios y no existiera el Hijo de Dios.



No hubo ni siquiera un segundo en el que no estuviera junto a Él su Hijo.
Padre e Hijo son iguales en honor.

Mi guía me hizo un gesto de que le siguiera.

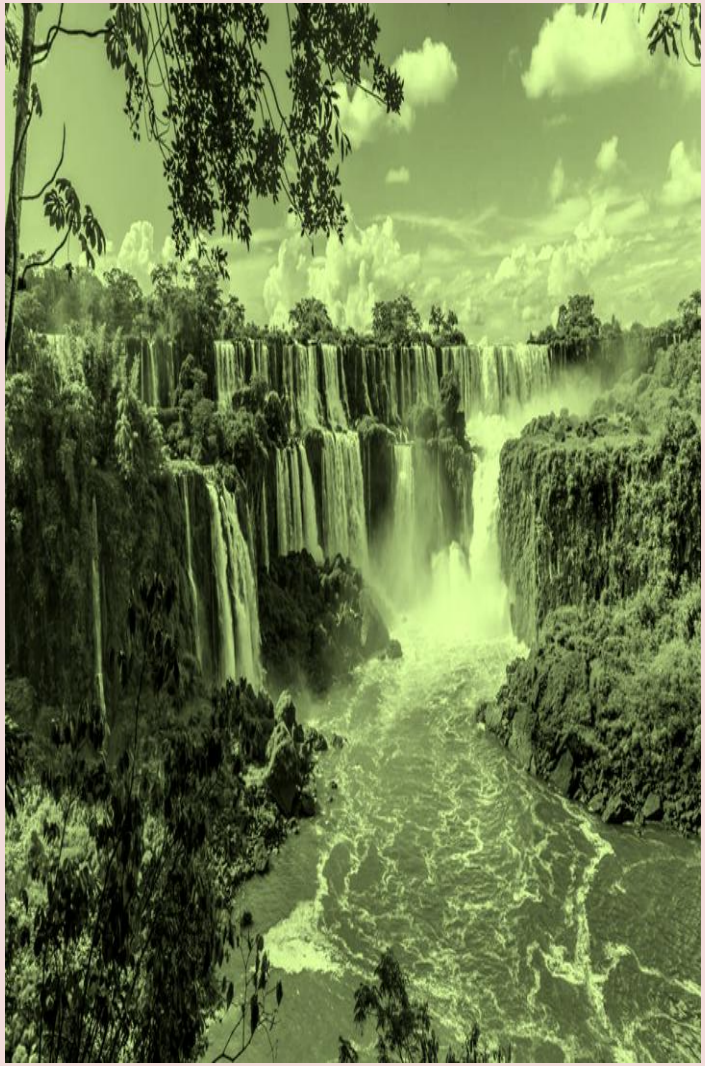
Conforme el Río se acercaba a su desembocadura se hacía todavía más caudaloso.

Por difícil que pareciera que pudiese contener más aguas, cada vez se hacía más gigantesco. Ya no se veían sus orillas.

Sus aguas cristalinas llenas de luz se calmaban de un modo que parecían llegar a la inmovilidad.

Su transcurrir estaba tan lleno de placidez que, en verdad, parecía un mar ese Río.

Pero después, el Río cayó hacia abajo.
Es decir, ¡el curso del río se transformó en cascada!



Aquello era increíble, porque el cauce del río llegaba hasta el confín del horizonte.

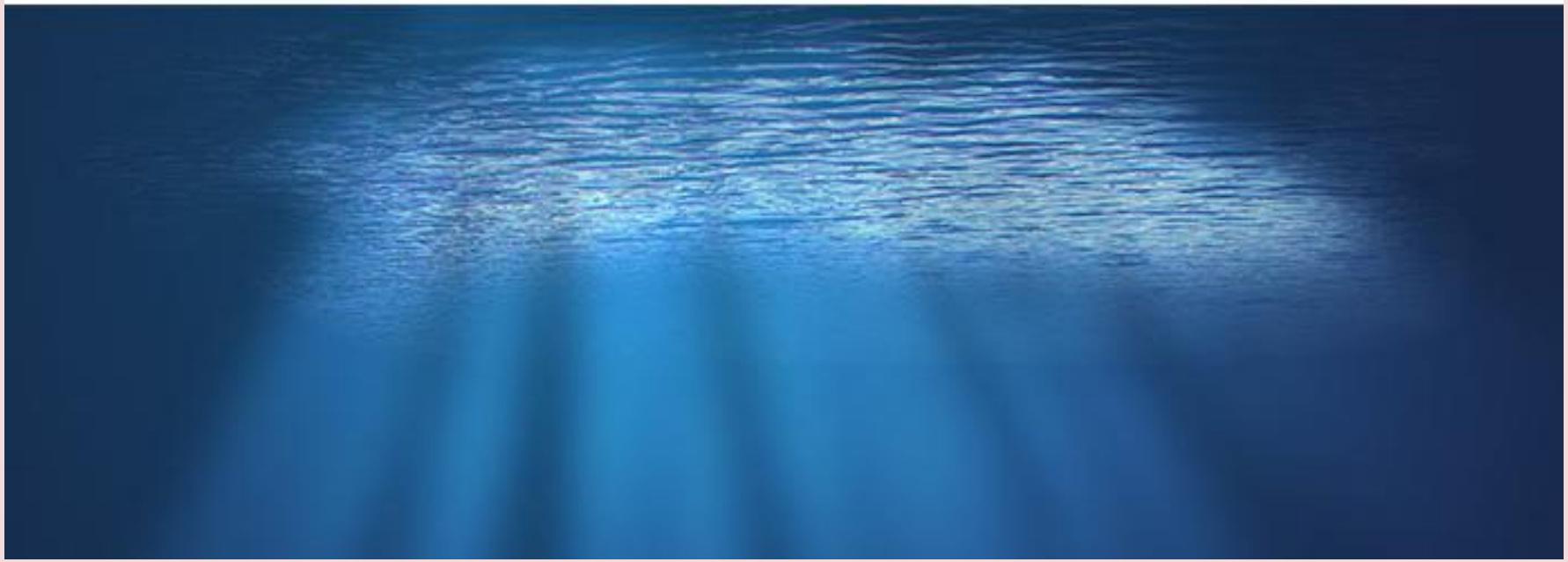
Era como un mar cayendo en forma de catarata en el Océano.

Caía formando una cascada ¡de varios kilómetros de altura!

La masa de agua que se arrojaba impetuosa hacia abajo era un espectáculo sobrecogedor.

Más allá de aquella catarata perpetua se extendía el verdadero Mar.

<u>Un Océano de Ser sin límites</u>.



Ninguna orilla encerraba ese Océano.

Se extendía sin final en cualquiera de sus puntos cardinales.

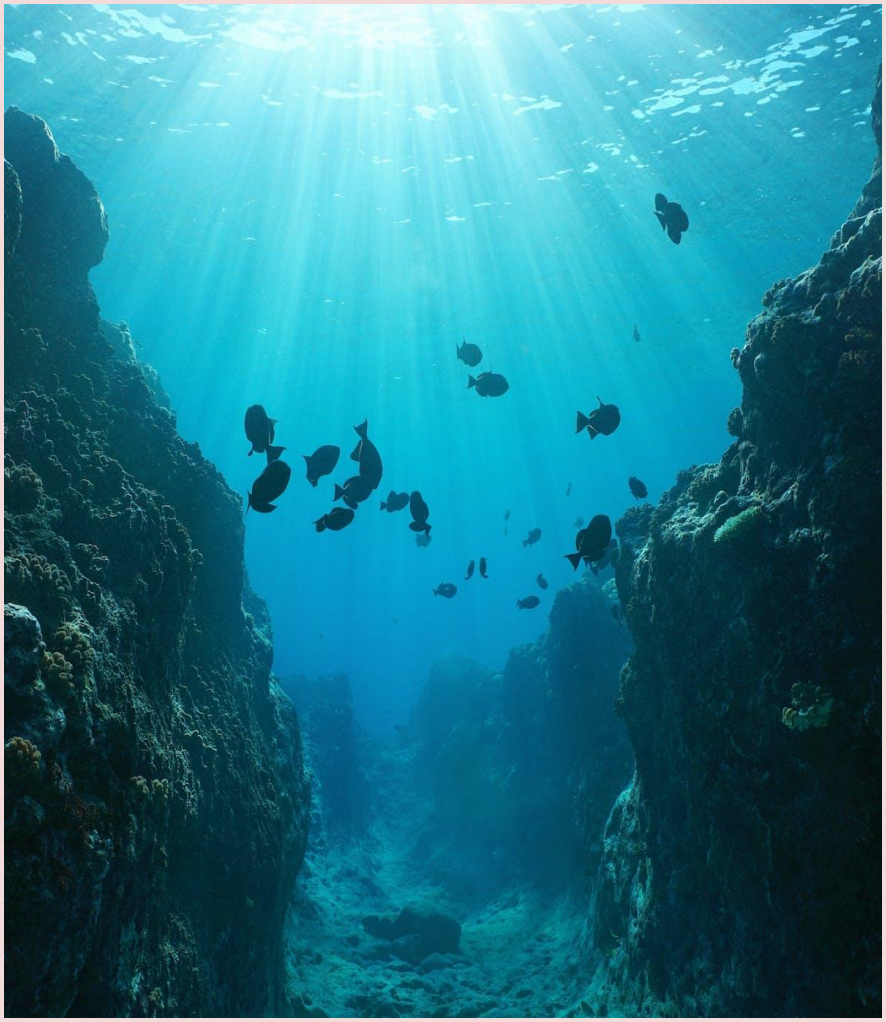
Ese Océano contenía inmensas cantidades de vida.

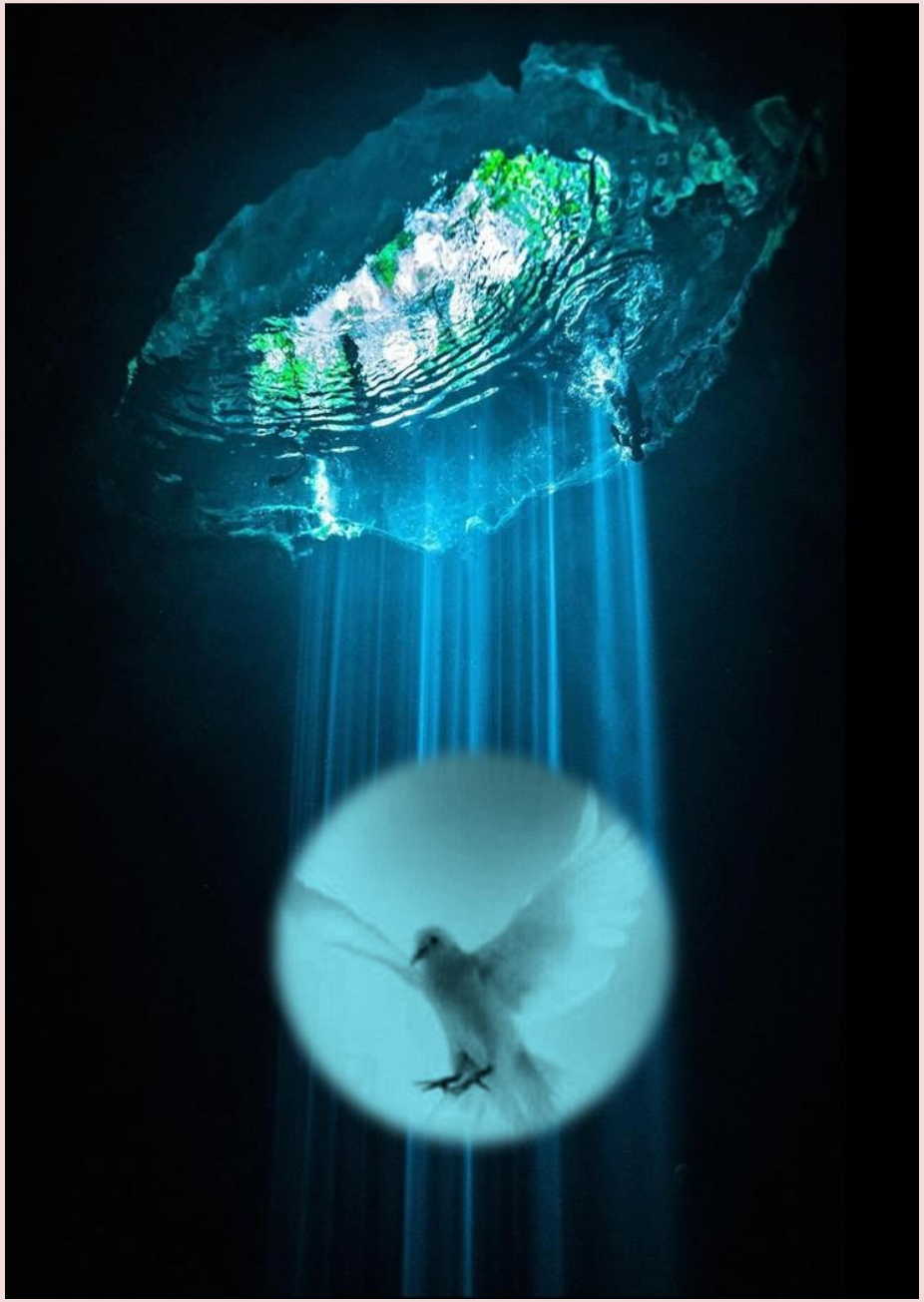
Lo mismo que en el Río, los ángeles también sobrevolaban la superficie de sus aguas, y también las almas pululaban en sus aguas transparentes.

En ese océano había islas y archipiélagos enteramente cubiertos de fauna y vegetación paradisiaca.

Mucho más adelante vi con mis ojos que, ese Océano carecía de fondo:
<u>vi su infinitud</u>.

Su profundidad no conocía límite y no había orilla alguna más allá en el horizonte.





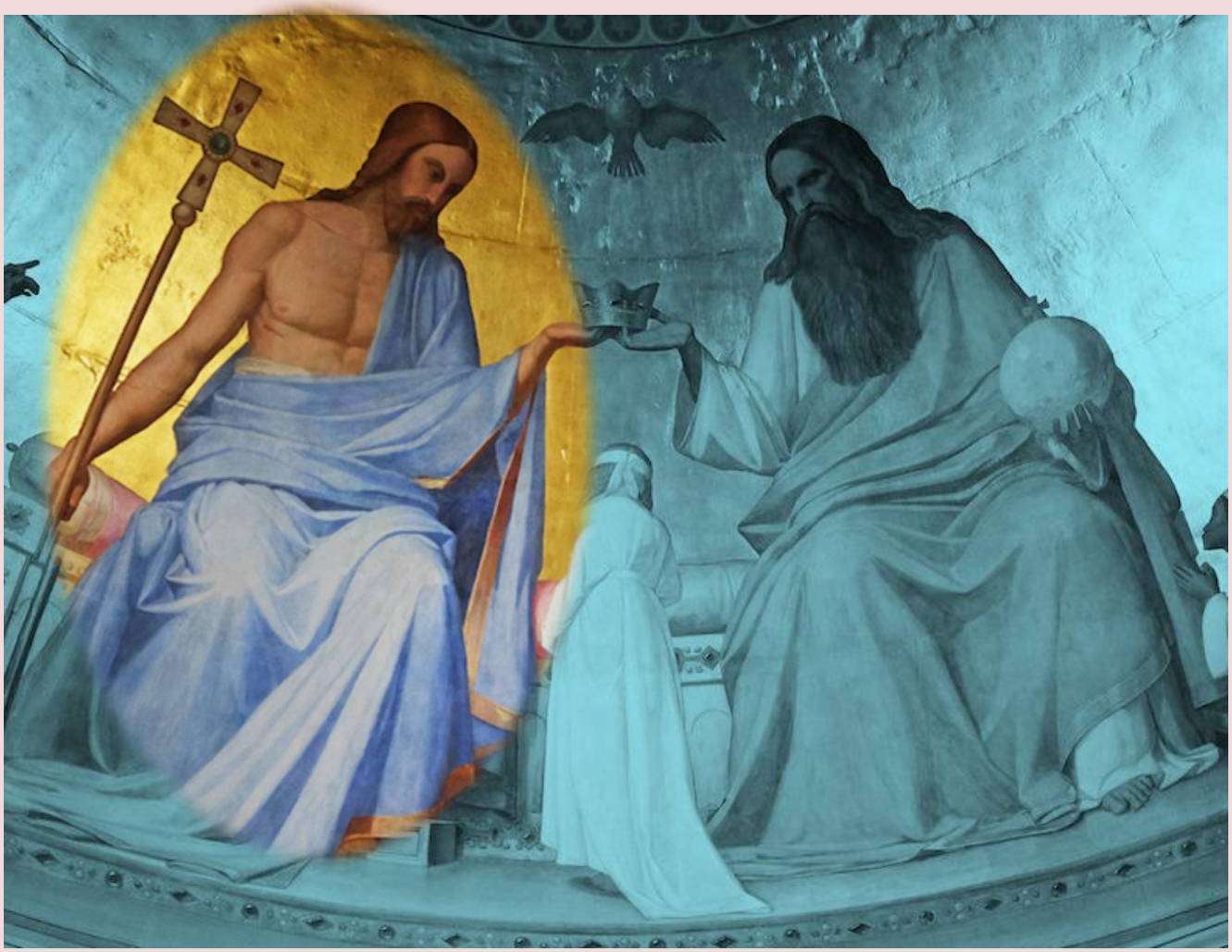
Se podía recorrer durante siglos su superficie y nunca se alcanzaba un límite en ese Océano de Vida:

<u>Era la Tercera Persona de la Santísima Trinidad</u>.

Espíritu Santo

El amor del Padre y el Hijo

Yo soy el Hijo de Dios



Ignacio Lizarraga 2023
Basado en escritos del Pbro.
José Antonio Fortea Cucurull